

La muñeca de María

María, aunque siempre suele estar alegre, hoy está muy, muy triste.

Es una niña muy guapa: es pelirroja, siempre lleva el pelo recogido en dos largas trenzas, tiene unas pecas que manchan su tez pálida, labios color vino, nariz pequeña, ojos verdes como los tienen las náyades, un poco introvertida, amable, educada y... alegre, pero como dije antes, hoy no está muy contenta.

Mañana es su cumpleaños, y lo único que siempre ha deseado es una muñeca, pero sabe que nunca la podrá tener, porque su familia no se lo puede permitir. Pero aun así, está ansiosa por ver los demás regalos.

Por fin, el día tan esperado por María es hoy. Su familia: sus primos, tíos, tías, abuelos, abuelas... van llegando poco a poco, pero ninguno le trae regalos, así que María decide ir a preguntarles a sus padres qué está pasando. El padre se ríe, y le dice que no sea impaciente.

Tiempo más tarde, el padre atrae la atención dando unos golpecitos sobre la mesa. De repente, la madre de María entra con un gran paquete, y todos gritan:

- ¡FELICIDADAAAADEESSS!

María abre el paquete impaciente, y, de repente, se queda quieta, y una lágrima como un cristal resbala por su mejilla, dejando un rastro húmedo.

Despacio, se da la vuelta y lo único que dice es:
- Gracias, no sé cómo lo habéis conseguido, pero muchas gracias.

Al terminar de decir esto, vuelve a buscar la mirada tan profunda de su muñeca, con ojos azules como el cielo, pelo negro como el carbón, cara alegre aunque siempre tenga que llevar su vestido verde de cuadros.

Durante todo el verano, María no dejó ni un segundo sola a Baray, su muñeca, pero pronto tuvo que empezar el nuevo curso, y las cosas empezaron a cambiar.

Una noche, María se iba a acostar y se acordó de que no había jugado con Baray en todo el día, pero no le importó, y la dejó en la cocina, toda la noche.

Y así pasaron los días, uno tras otro, y María se fue olvidando de la muñeca. Los ojos de ésta ya no parecían profundos, pero sí airados.

Después de unos meses, María empezó a sentir ruidos raros todas las noches. Al principio no hizo caso, pero más adelante se fue asustando. Una noche mientras dormía, escuchó un ruido, y luego un llanto. Rápidamente se dirigió al desván de dónde provenía el ruido. Pasó la mirada por encima, sin detenerse en detalles, pero entonces se dio cuenta de que en un rincón, cubierta de polvo, estaba Baray.

Lo primero que vio fueron sus ojos, y, en ellos, no encontró los ojos azules como el cielo de mirada tan profunda que vio el día de su cumpleaños, sino unos ojos de reproche, tristes y airados.

María se acerca a ella, pero da un paso atrás al ver que la muñeca, de aparentemente 5 años, también se levanta y empieza a caminar. Pero, aun así, se acerca pidiéndole disculpas, y la muñeca se echa a los brazos de su dueña como si en ello se le fuera la vida. A partir de ese día, son las mejores amigas que pueden existir.